

EL resultado de las elecciones presidenciales en los Estados Unidos no acaba de esclarecer el enigma de qué Presidente va a gobernar el país durante los próximos cuatro años. Nixon, sí, pero ¿qué Nixon? Se dice mucho en estos últimos ocho o diez días, desde las elecciones, que sin la hipoteca electoral (como se sabe, la Constitución le impide presentarse nunca más a las elecciones), con el «cheque en blanco» que supone el alud de votos favorables —un record: por encima del de Johnson, por encima del de Roosevelt, que eran los dos Presidentes con más votos populares en la Historia de la nación; un «landslide», un «corrimiento de tierras», como se dice en el argot político de Estados Unidos para calificar estas victorias exageradas—, con el apoyo de un sector importante del partido adverso, el demócrata; Nixon va a poder ser «el verdadero Nixon». ¿Cuál es el verdadero Nixon? ¿El terrible guepardo de los años cincuenta? ¿O el viajero sonriente y efusivo de Pekín y de Moscú? ¿El que envía a sus hombres a negociar con los vietnamitas? ¿O el que invade Camboya y perpeetra los más terribles bombardeos que haya sufrido el Vietnam? ¿El Nixon rudo, el Nixon suave, el Nixon convincente, el Nixon represivo? ¿El guerrero o el pacificador? Tiene Richard Nixon casi treinta años de política activa tras él, desde su primera entrada en el Senado, su vicepresidencia, su ostracismo, su mala suerte —era un «perdedor», un «loser» y todas las elecciones se le iban de las manos, hasta una: la que en 1968 le hizo Presidente de los Estados Unidos— y su Presidencia. Y ofrece ahora la imagen de un desconocido. Va a ser, por fin, el verdadero Nixon.

PROBABLEMENTE tampoco podrá serlo. Si ha llevado hasta ahora la máscara de la política, desde ahora va a llevar la máscara de la Historia. Quiere entrar en ella. No basta para eso con ser Presidente de los Estados Unidos: ¿cuántos nombres se recuerdan como históricos de sus treinta y seis predecesores? Para entrar en la Historia no basta con seguirla: hay que ponerse al frente de ella, asumirla (también los que tratan de oponerse a ella o forzarla: son las contrafiguras). Imaginemos que Nixon, premiado ya con todas las satisfacciones que puede dejar una carrera política, vengadas ya con un voto de cifra histórica, sus humillaciones y sus amarguras pasadas, quiere coronarlo todo, en estos cuatro años, con la elaboración de un gran personaje histórico. Tallar su propia estatua, elaborarse cuidadosamente el carisma, que no tiene por naturaleza —se ha dicho de él que es un «héroe impopular», que sus votos han sido los del «mal menor» o que sólo representaban «la negación a McGovern»—; quiere llegar a la fecha mágica del 4 de julio de 1976 —los doscientos años de existencia histórica de los Estados

Unidos— y un congreso aceptante, escasamente reñidor, Nixon estará ya convertido en figura nacional.

¿Y qué pasará con la política nacional? Generalmente, Nixon ha sido un político restrictivo. Conservador. El programa de reformas de la Seguridad Social y de lucha contra la pobreza que había presentado al Congreso era sustancioso —dentro del sistema—, pero lo retiró a las primeras dificultades. Los derechos cívicos para los negros se detuvieron bajo su presidencia, después del gran impulso que les dio Kennedy y la inercia con que los continuó Johnson: Nixon ha adoptado formas políticas con características racistas. Lo mismo ha sucedido a la hora de pasar a la legislación reformas de costumbres y de dinámica de vida impuestas virtualmente en la sociedad americana: las ha rechazado. A su lado, el vicepresidente Agnew ha mostrado aún más fácilmente los dientes del lobo conservador: contra los intelectuales, contra la libertad de prensa, contra los programas de la juventud. Un tándem considerablemente conservador. Pero se dice que, en el fondo, Nixon es más liberal de lo que aparenta ser —no aparenta nada, esa es la verdad—, y que si ha trabajado en ese sentido, ha sido para no perder los votos de la derecha. Ahora que ya no depende de ninguna elección, Nixon podría hacer pasar algunas legislaciones más amplias, más abiertas... De eso no hay ninguna prueba. Por otra parte, los votos que ha obtenido habrán tenido en cuenta muy especialmente la actitud política de Nixon en el interior, mucho más que en el exterior. En este caso, el sentido de la votación sería el del conservadurismo. No así el de la figura histórica. Si no se limita a ser el pacificador en el exterior, y quiere serlo también en el interior, Richard Nixon tendrá que reducir las grandes tensiones de la sociedad americana, que se ha presentado ya muchas veces como una sociedad en crisis, profundamente dividida. No podrá reducirlas realmente si no instala una sociedad permisiva. No basta con unir en votaciones interesantes a los miembros del Congreso, si no se une al mismo tiempo a los elementos de una sociedad tan amplia y con tan diversos intereses.

SUPONGAMOS que la paz en Vietnam es cuestión de días o de semanas —parece que el general Haig ha llegado de Saigón a Washington con la aceptación final, resignada, del Presidente Thieu—, y supongamos que en el transcurso de estos cuatro próximos años se configura una Indochina habitable. El Oriente árabe es ahora la preocupación esencial de Nixon. Quizá ya no tenga para mediar en él la figura oportunista y cómoda de Kissinger, si, como se dice, se le lleva al retiro al

NIXON Y LA HISTORIA

Unidos: el aniversario de la declaración de independencia—, en la que se celebrarán fastuosas conmemoraciones, revestido con su última máscara de personaje histórico. Unos meses después se celebrarán las elecciones presidenciales, y Nixon se retirará para siempre. Quedará de él la imagen que haya conseguido elaborar.

LA única imagen posible que puede adoptar Nixon ahora es la de pacificador. Es la del sentido de la Historia. Nixon, por su larga y ambigua aventura política, sabe bien interpretar el sentido de unas elecciones. Aunque el temible vértigo de las cumbres a veces disminuye toda capacidad de análisis de un político, lo que sabemos de Nixon no nos permite clasificarle entre ellos. El sentido de las elecciones es el de sostener el camino emprendido: paz en el Vietnam, entendimiento global, apaciguamiento, reducción de armas en el mundo, lejanía del espectro de la guerra. Nixon se prepara a establecer la paz en el Vietnam. Va finalmente a ser lo que no quería, «el primer Presidente de los Estados Unidos que pierda una guerra», y la Historia no se lo va a reprochar (se pierden todas las guerras que no se ganan, y algunas de las que se ganan). Va a tratar de gobernar con los dos partidos, como un verdadero personaje histórico. Se dice que en su nuevo gabinete estará presente el demócrata Connally. En las elecciones, en las que se renovaba el Congreso, los demócratas conservan su mayoría en las dos cámaras (incluso la refuerzan en el Senado). Es uno de los datos más fuertes para el análisis de la votación del 7 de noviembre: el país no solamente no se ha pasado al partido republicano, sino que ha sostenido al demócrata, a pesar de votar a Nixon, no en tanto que republicano, sino para que pueda continuar el camino emprendido. Pero una gran parte de los demócratas del Congreso son tan conservadores, al menos, como el propio Nixon, como la mayoría de los republicanos. No van a ostacular al Presidente. Con un gobierno en el que figure Connally —¿quizá secretario de Defensa, en sustitución del gastado, cansado e ineficaz

formar el nuevo gobierno [otras versiones dicen que, por el contrario, será nombrado secretario de Estado, para rehacer el prestigio de un departamento que él mismo ha hecho inútil], pero sí la nueva actitud de Sadat al margen de la URSS. Pensemos que, a través de sus negociaciones unilaterales con la Unión Soviética, consigue que la Conferencia Europea de Seguridad de 1973 —las negociaciones que comienzan en Helsinki el 22 de noviembre no son más que preparatorias, y a nivel de embajadores— realice algunas medidas eficaces. Personalmente va a realizar un viaje por las principales capitales europeas a principios de año: lo está preparando desde hace tiempo, pero no lo ha anunciado aún para que no pareciese que se saltaba la fecha electoral. Para después tiene preparado otro al Japón. La profundización de las conversaciones SALT —reducción o limitación de las armas llamadas estratégicas o nucleares— con la URSS es un hecho: pronto va a comenzar una nueva tanda, y se habla de que en ellas se va a tratar incluso de la desmilitarización de amplias zonas del mundo. Parece que esto es más o menos, y a grandes rasgos, el programa de pacificación de Nixon, el programa histórico. Con la inclusión de nuevas etapas de aproximación a China y de apertura de mercados.

NATURALMENTE, dentro de lo que con generosidad llamamos «el sentido de la Historia», caben muchas sorpresas no programadas. Cabe la aparición de nuevas áreas de tensión en el mundo: entre ellas, las tantas veces profetizada de Hispanoamérica. Cabría, sin duda, una reconciliación con Cuba, una mejora de relaciones con Chile si se viese que el experimento Allende tiene muchas posibilidades de continuar —lo cual, por el momento, está en difícil situación de cálculo—, pero no es suficiente esa posible apertura para reducir a la nada el problema de Hispanoamérica. Ni, en general, el de lo que se llamó Tercer Mundo, figura hoy enteramente olvidada. Nótese que en las campañas electorales y en los programas políticos de hace unos años aparecía continuamente la referencia a la ayuda a prestar a los países desfavorecidos, unas veces



Nixon y su equipo, vistos por el dibujante americano Grossman (Publicado en "McGraw", publicación del comité de artistas de McGovern).

con el énfasis de «liberales» —énfasis con el cual se comenzó la guerra de Vietnam—, otras con la simple mención de las ayudas económicas y técnicas que les podía enviar. Están hoy olvidados. Son las grandes víctimas de la reconciliación. Quebró el afroasiatismo neutralista y suave de Bandung, con sus listas de derechos y sus peticiones ingenuas; quebró la OLAS de La Habana, con sus amenazas y sus declaraciones de guerra; quiebran los organismos integrados en las Naciones Unidas, mientras en gran parte de África, de Asia y hasta de Hispanoamérica se instaura una especie de Edad Media con regímenes duramente represivos. Pero el tema no está muerto, y quizá le salte a la cara a Nixon en el último cuatrienio, y quizá le rompa la última máscara, la máscara de pacificador. Como se la pueden romper los grandes temas interiores mal resueltos, los otros olvidados interiores. En contra de su voluntad y en contra de su cierta intención actual: ser un Presidente para la memoria.

PORQUE frente a su lógica voluntad hay enemigos poderosos. A Nixon, sin duda, le importa mucho entrar en la Historia, que es el objetivo final y ultraterreno de todo político de vocación y hasta de profesión, pero a muchos de los que le rodean no les importa nada. Nixon quiere estar por encima de los partidos, y es una nobilísima aspiración, pero los partidos se preparan ya para las elecciones de dentro de cuatro años. El partido demócrata colaborará con Nixon, a través de Cinnaly y de algunos congresistas, hasta el punto de situarse o de situar alguno de sus hombres en la próxima elección, pero no más allá, y el partido republicano aceptará todas las figuras que quiera hacer Nixon, siempre que no comprometa sus elecciones futuras, siempre que no dé demasiado juego a los políticos del otro partido, siempre que ayude a preparar la elección del hombre que haya de sucederle. Las elecciones próximas para la renovación del Congreso se celebran dentro de dos años, y al partido republicano le importan mucho: querría mejorar sus posiciones, hoy deficitarias, en la Cámara y en el Senado. Hará todo lo posible porque Nixon no se escape de la política real y práctica por la cuarta dimensión de

la Historia. Por encima aún de los partidos está el «establishment»: la industria quiere que la sustitución de la economía de guerra por una economía de paz produzca reales beneficios, que la reducción de armamentos no sea perjudicial. Quiere que la pacificación mundial sea como es, a base de abrir nuevos y grandes mercados. Está indudablemente satisfecha de la actuación de Nixon —la subida en la Bolsa, y aun en las Bolsas mundiales, que ha seguido a su reelección es muy demostrativa—, pero no toleraría tampoco que un exceso de trascendentalismo del Presidente enajenara sus posibilidades. Wall Street sigue siendo más importante que el Walhala. Como no podrá consentir que un programa de lucha contra la pobreza o de «Igualdad de condiciones y oportunidades», como el que ya tuvo que retirar Nixon, ponga en peligro las cuestiones salariales y saque el dinero para la Seguridad Social de nuevos impuestos. Ni que posibles agitaciones de los países subdesarrollados se lleven por delante las fuentes controladas de materias primas, o produzcan nacionalizaciones sin compensación real. La pacificación no podrá llegar nunca hasta esos extremos, y Nixon lo sabe. Muy bien.

EL camino de la Historia no es fácil. A veces basta un azar para colocar a un hombre en él. Muchas veces, lo que llamamos el carisma basta: lo tenía Kennedy, lo tenía De Gaulle. Nixon no es un hombre al que los azares hayan favorecido en la vida, todo se lo ha ganado trabajosamente, sin carisma, a base de escoltar las corrientes de la política, las coyunturas —de donde su última ambigüedad, sus equívocos, sus contradicciones— y las circunstancias. Parece ser que en el próximo cuatrienio podremos asistir a esta especie de lucha de tragedia griega —menor, claro— entre el hombre que quiere trascender y meterse en la piel del destino —o meter el destino en su propia piel— y la política activa, real, diaria, de los grupos de presión, los políticos, los dos grandes partidos. Más el mundo en torno, con sus tremendas necesidades. No será probablemente un gran espectáculo. Los actores son mediocres. Tiene la ventaja de que no se puede sospechar el final.